

alumbrar las tinieblas del espíritu; por eso el Sabio apellida á la Eucaristía: «Pan del entendimiento». Pan dispuesto para nutrir, para vigorizar, para ilustrar la inteligencia del hombre; y ¿qué cristiano, habiéndose llegado al Sagrario no habrá experimentado la penetración de esa luz divina en su entendimiento, no habrá notado que los rayos de ambos focos divino y humano se han cruzado, pero que aquél obscurecía los de éste?

Mas, si la Eucaristía es propiamente pan del entendimiento, lo es más particularmente del espíritu, considerado de un modo general; en este concepto, cuando el católico recibe debidamente la Eucaristía conoce que la celestial Comida le ha comunicado un rayo de luz que, disipando las nieblas de la ignorancia, le muestra un camino expedito, por donde pueda y deba caminar sin tropiezos; la razón se funda en la perfecta unión, según la cual, Jesucristo y el alma se mezclan tan íntimamente como puede mezclarse una gota de agua con otra de vino; en este caso el entendimiento de Jesús se junta con el de la criatura; y ¿qué divinos fulgores no esclarecerán entonces la inteligencia de la criatura, estando tan perfectamente comunicados, la luz del que dijo: «Yo soy la luz» con las penumbras de la criatura? Al verificarse semejante unión, Jesucristo repite á su Eterno Padre aquellas frases que le dirigió en la noche de la cena: «Y yo, la claridad que me diste se la he comunicado para que sean uno, como uno somos nosotros (1).»

12. Siendo la Eucaristía luz del alma, indispensable es que robustezca la memoria; menester es que en cierto modo la divinice como lo efectuó con el entendimiento. No es necesario que el Sacramento del Altar conceda luz extraordinaria á la memoria para recordar mucha ciencia, como lo llevó á cabo con S. Alberto Magno, con Dunsio Escoto y con otros muchos siervos de Dios, sino que esta luz potente á que me refiero, sirve para vigorizar aquélla que ya tenía, conservándola y aumentándola, si fuere conveniente, para la salvación, ó si había de responder á fines altísimos.

(1) Joan., XVII, 22.

13. Fecundiza asimismo la fantasía. ¿Y cómo no, si este Sacramento es el más bello de todos los Misterios, es la hermosura por esencia? ¿Cómo no inspirará á la fantasía, sembrándola de especies castas, colmándola de gustos estéticos? Ojead las páginas de la historia, y veréis que los mejores artistas han frecuentado la Eucaristía, se han inspirado en Ella; volved vuestra mirada á los que, contemporáneos nuestros, participan á menudo y con limpieza del Pan de los fuertes, y notaréis que su imaginación es fecunda en ideas puras, delicada en gusto estético; y que todos estos dotes reconozcan por causa á la Eucaristía, no hay la menor duda, pues, vuelvo á repetir: la Eucaristía es luz del espíritu.

¿De dónde sino de la Comunión sacramental han cobrado vigor esos genios de ilustración y de saber, conocidos en la Iglesia con el nombre de Santos Padres? De dónde sino de la Comunión recibieron la doctrina purísima que nos legaron y que jamás acabamos de admirarla, esos otros fecundos talentos, denominados Doctores católicos? ¿De dónde sino de esta Divina fuente adquirieron tanta luz y penetración tanta esos héroes evangélicos que hoy predicán á Jesucristo en apartadas regiones? ¡Ah! La Eucaristía ha perfeccionado el entendimiento humano, le ha elevado, le ha sublimado; y la faz del mundo intelectual tiene en verdad otro aspecto mucho más brillante que tenía en el mundo pagano y que el que tienen en la actualidad las naciones gentiles.

§. III.

14. La esfera de las costumbres humanas es la más importante después de la esfera de la fe; en ella la Eucaristía produce frutos propios y admirables, puesto que su principal efecto es, mediante la unión con Cristo, dar la vida al espíritu y por consiguiente ordenar y mejorar la vida del hombre. «Yo he venido á este mundo, dice el Señor, para que los hombres tengan vida y para que la disfruten con más abundancia (1)». Más adelante estudiaré este último

(1) Joan., VI.

punto con mayor difusión, por cuyo motivo observaré aquí solamente que el alma necesita de una vida, diversa enteramente de la en que viven los demás seres creados, puesto que se mueve dentro de una esfera superior á la de los demás seres, y necesita en consecuencia recibir alimento conforme á su naturaleza. Este manjar lo recibe, por cierto, del Creador, quien, para otorgar comida semejante al alma en su misma esencia, ordenó á su Hijo tomase naturaleza humana, disponiendo maravillosamente que este divino Manjar, sensible al supuesto humano, fuese su alimento espiritual ordinario, ya que tan conforme con su naturaleza ha sido instituido.

Jesucristo Sacramentado es, en efecto, vida del alma. Él es el que la sostiene en sus terribles combates. Él ha de ser también el que por consecuencia ha de disminuir sus defectos con la extracción de sus vicios; lo cual se consigue plenamente con la Comunión frecuente.

15. Si tantos bienes derrama en cada individuo, pondérese qué influencia habrá ejercido la Eucaristía en el orden de las familias y de las comunidades y de los pueblos. Siendo este Sacramento semilla de todas las virtudes lo es con más precisión de la castidad. Mirad cuantos jóvenes carcomidos por el placer, se acercan arrepentidos á la Santa Comunión; y les veréis que, aunque demacrados, lívidos y casi sin fuerzas, comienzan por no cometer el pecado tantas veces; y á medida que frecuentan más la Eucaristía, disminuye más la inhonesta costumbre, hasta quedar exentos de ella; volved vuestra mirada á tantas doncellitas seglares que jamás mancharon la virginidad y que, aunque acosadas por el agujón de la carne y del mundo, supieron mantenerse firmes en la pureza: preguntadles, quién les da fuerzas para no sucumbir? y os contestarán que el Sacramento que engendra vírgenes y al que reciben con frecuencia. Contemplad, finalmente, á esos aguerridos escuadrones de vírgenes, á tantos religiosos de ambos sexos, que pueden desafiar á los enemigos del alma, contando con Jesús Sacramentado, y á pesar de todo, siempre ó casi siempre vencían en

el combate; ¿quién les sostiene en la pelea? quién les da la victoria ganada? ¡Ah! La Eucaristía, de la que participan diariamente. Esto no es extraño, estos efectos no son singulares; recordad los primitivos tiempos del Cristianismo, y observaréis que aquellos ascendientes nuestros en la fe comulgaban todos ó casi todos los días, y que las costumbres cristianas eran también más puras y por consiguiente más conformes con la ley de Dios.

§. IV.

16. Con mucho acierto dijo un amante del Misterio que nos ocupa, que «el egoísmo en todas sus fases es rémora de todo progreso individual y social y agente eficaz de retroceso en uno y otro orden; y que por el contrario, la Comunión inspira, nutre y fortalece el espíritu de caridad entre los hombres, y no sólo el espíritu de caridad sino el de abnegación y sacrificio (1)»... Efectivamente, si existe algo en esta vida que impida el verdadero progreso individual y social es el demasiado amor á sí propio con exclusión del amor debido á los demás; llevando este sistema á la práctica, todas las virtudes individuales y sociales desaparecen y el hombre se convierte en perseguidor de su semejante. Si reinando el egoísmo se hace imposible la vida de la sociedad, su virtud opuesta es la que, no sólo le nutrirá, si que además le hará rebosar de vida: es el amor en toda su extensión, desde la simple volición hasta el sacrificio heroico que sólo se fomenta en la Religión Cristiana. Religión producida por amor, ya que Ella tiene al amor por naturaleza y tiende á estrechar á todos los hombres, aun los de distintas razas en un solo ideal, en un solo espíritu!

17. Nada hay en esta Divina Religión que despierte y fomenta el espíritu de caridad entre los hombres, tanto como la Santísima Eucaristía. Instituida por amor, teniendo por objeto el amor, siendo compendio de los demás misterios y sacramentos realizados por amor, la Eucaristía es

(1) D. Ignacio Valenti Forteza.—Discurso sobre la Eucaristía.

suma prodigiosa de amor. ¿Cómo no despertará y fomentará la caridad entre los hombres? ¿Cómo no les estrechará en perfecto lazo de unión para que todos sean una misma cosa?

«Quiero, dijo el Salvador á su Padre, en ocasión solemne, que todos mis discípulos sean una misma cosa, que tengan un mismo espíritu, así como Tú y yo somos una misma cosa»; y realmente, el Sacramento del Altar, cuando entra en el alma la atrae á sí para transformarla en sí mismo, para convertirla en el espíritu de Jesús; y lo que efectúa con un comulgante lo realiza con todos los demás que á Él se llegan con las debidas disposiciones, resultando que si todos los hombres comulgaran como es debido, el verdadero espíritu de amor se dejaría sentir en la generalidad de los individuos.

18. Pero la Eucaristía no solamente inspira, nutre y fortalece el espíritu de caridad, sino también el de abnegación y el de sacrificio. Cuando no hay egoísmo, cuando la caridad es perfecta y por consiguiente extensiva á los semejantes, entonces el que la posee obra prodigios. Para que un cristiano tenga el espíritu de sacrificio es preciso que no sienta sobre sí la carga del amor propio; que no tenga en cuenta sus enfermedades, ni adversidades, ni trabajos, y que sus haberes y facultades, tanto espirituales como materiales, las haya puesto al servicio de su prójimo.

Las producciones personales de la Iglesia Católica no hacen más que declarar prácticamente dos cosas: primera, que en la Iglesia existen individuos animados del heroísmo de la caridad; y segunda, que si lo han alcanzado es debido á la Sagrada Comuni6n. Tantos religiosos de ambos sexos consagrados especialmente á las dolencias humanas, que no descansan, que se fatigan y que padecen por sus prójimos, ¿no son un ejemplo palpable de esta hermosa realidad? Notaréis por el contrario, en esos pocos centros de filantrópica beneficencia, instituidos y regidos por legos descreídos, que sólo aspiran á una fama hueca, que, al apartarse de la Eucaristía, se ha apartado también de esas casas, pretendida-

mente benéficas, la caridad, cuyos asilados mueren entre el desconsuelo, el hambre y el mal tratamiento. Oh ¡cuánta falta hace la Eucaristía en el orden social!

19. Ved aquí demostrada la poderosa influencia que ejerce el adorable Sacramento en los órdenes explicados. Sólo el amor extremo de un Dios pudo ejecutar una obra tan bella; nada hay que no se mueva á impulso de Jesús Sacramentado; nada que no responda á su fina caridad; nada que tenga ser, que tenga sobreabundante vida, sin el Sacramento del amor. Todo lo bello, todo lo estético, todo lo sublime reconoce por causa á la Eucaristía. ¿Cómo? ¿será posible que nadie, ni nada de lo creado, dispute al Sacramento del Altar el dominio, y por consiguiente la influencia que ejerce en el espíritu y en el cuerpo? Si no es posible, sacad en consecuencia lógica lo que ha practicado el amor de Jesús Sacramentado después de la instituci6n de este Divino Misterio; y demos, al propio tiempo, gracias infinitas á ese Dios del Sagrario, por quien somos algo, y por quien poseeremos un día el cielo, término de nuestras esperanzas y deseos.

EJEMPLO

«Luis XIV, que estimaba al vizconde de Turena como al mayor hombre de su siglo, al mismo tiempo que le amaba como al más ilustre de sus generales, sentía sobremanera verlo en el error, porque aquel caballero había nacido y sido educado en la religi6n que se decía reformada. Parecía que aquel gran capitán, tan famoso por su valor como por su humanidad, habría sido perfecto, si á todas sus excelentes cualidades hubiese añadido el mérito de la verdadera fe, sin la cual nada valen para el cielo nuestras obras.

El Rey le había manifestado muchas veces su deseo de verle entrar en el seno de la Iglesia Católica, y los deseos de Luis XIV se consideraban generalmente como órdenes; pero Turena era demasiado honrado para mostrarse cortésano á expensas de su codicia, pues no había aún reconocido los errores del protestantismo.

El gran Bossuet, aquel genio inmortal que brilla entre todos los de su siglo, tan fecundo en grandes hombres, quiso emprender el trabajo de demostrar á Turena la falsedad de su religi6n y la excelencia del culto católico. El Mariscal era hombre de demasiada buena fe para negarse al

examen que se le proponía; y después de algunas conferencias, el autor de las *Variaciones de las iglesias protestantes* había conseguido hacer dudar bastante en sus convicciones á su antagonista en la cuestión; la fuerza de su raciocinio, su lógica severa, la autoridad de su prodigiosa ciencia y aquella elocuencia que nos ha legado Bossuet en monumentos inmortales, no podían menos de hacer impresión en un corazón sincero y en un espíritu recto.

Pero las preocupaciones de la educación son tenaces; el don de la fe viene del cielo, y hay dogmas muy superiores á todos los raciocinios del entendimiento humano. El de la presencia real y múltiple de Jesucristo en la divina Eucaristía era para Turena el más difícil de admitir. «¡Oh! decía él, ¡eso sería demasiado hermoso! ¡Dios ha hecho tanto para el hombre! ¡No le ha favorecido todo lo imaginable al redimirle con su sangre y su muerte! ¡Ojalá, añadía, pudiera yo convencerme de la realidad de un dogma tan consolador! ¡Cuán felices son los católicos al creerlo! Pero entonces, ¿por qué no pasan toda su vida á los pies del santuario? En cuanto á mí si pudiera persuadirme de la presencia de Dios en la Eucaristía, le adoraría sin cesar prosternado en el polvo.»

No seguiremos á los ilustres interlocutores en una discusión que la buena voluntad por un lado, y por el otro un genio superior, y sobre todo la gracia, no podían menos de conducir á un buen fin. El Mariscal resumió todos sus sentimientos en esta breve y fervorosa oración pronunciada de todo corazón: *Señor, haced que yo vea.*

Las conferencias tenían lugar en el Louvre, donde la Corte residía algunas veces. Una de ellas fué interrumpida de repente por un gran alboroto; se oyeron muchos gritos confusos, entre los cuales se percibía el de *¡fuego, fuego!* Y en efecto, había fuego en la gran galería que une el Louvre á las Tullerías, y amenazaba propagarse por todas partes y devorar las preciosidades que allí se conservaban. Es verdad que el Sena no estaba lejos, pero un viento impetuoso excitaba la actividad de las llamas, y el esfuerzo de los hombres y las bombas no bastaba á dominar el terrible incendio.

Llegado al paraje el intrépido Mariscal, al que ningún peligro había hecho jamás retroceder, se metió entre los trabajadores, dirigiendo sus operarios y trabajando él mismo como el último obrero. El Obispo, cediendo y obedeciendo á una inspiración diferente, quiso recurrir á la intervención de *Aquél á quien los elementos obedecen.*

En medio de la confusión general, aparece de repente al fin de la galería una procesión improvisada: se oye el sonido de una campanilla que anuncia la marcha del Santísimo Sacramento, al cual la muchedumbre compacta se apresura á abrir paso, llena de fe y de respeto, al través del torbellino de llamas y de humo.

De repente, en presencia de Aquél que manda las tempestades, el viento cesa y el fuego se para. Todos los presentes reconocen la causa del

fenómeno y se arrodillan. El mismo Turena, dominado por una fuerza irresistible, somete su razón, se prosterna y adora.

Desde aquel momento es ya católico y acompaña al Santísimo Sacramento, cuando después de la augusta bendición se vuelve á llevar la sagrada Eucaristía al tabernáculo, cantándose el *Te Deum*. Este hecho, referido en una de las cartas de Madame de Maintenon, se verificó en 1667.—De la «Lámpara del Santuario.»